

Somos un pueblo de hijos y de hermanos (el Padrenuestro)

Si al pronunciar esta bella oración dijera: *Padre mío...*, podría pensarse que soy hijo único. Pero apenas a "Padre" le agrego *nuestro*, manifiesto que hay otros que a la misma persona llaman *Padre*. Esto significa que no sólo somos hijos, sino también hermanos: un pueblo en el que *muchos* llamamos a Dios *Padre*. Hay tres momentos de la Misa en los que nos definimos de algún modo: en el rito penitencial nos mostramos como *pecadores*; en el Padrenuestro, como *hijos y hermanos*; en el gesto de paz, como *reconciliados*.

En esta oración pedimos muchas cosas: *que el Nombre de Dios sea santificado*. Esto no significa otra cosa sino que Dios sea siempre proclamado y aceptado como "el Santo" entre los santos, fuente de toda santidad.

También pedimos *que su Reino venga a nosotros*. Cristo vino para instaurar en medio de nosotros y en nosotros el Reino del Padre. Si Jesús es -por excelencia- el mensajero del Padre, nosotros debemos vivir anhelando ese bien del Reino que trajo y nos ofrece. Queremos ser y vivir como herederos de ese Reino.

Además, afirmamos el deseo de que *la voluntad de Dios se haga, en la tierra como en el cielo*. Porque Cristo vino a hacer la voluntad del Padre (Cf Jn 4,34), nosotros lo tomamos como modelo ejemplar: sus palabras son una buena pedagogía que nos enseña cómo penetrar en el querer de Dios y también cómo aceptarlo como "querer de Dios para mí". "Si Dios quiere", tendría que acompañar cada una de nuestras afirmaciones, para que ningún querer personal vaya por carriles paralelos a la voluntad de Dios. En el "que se cumpla la voluntad de Dios" tiene que radicar nuestra alegría, pues sólo allí se da nuestro logro y crece nuestra personalidad. Y sabiendo que la voluntad de Dios es nuestra santificación, la capacidad de perdonar, la aceptación de la redención, será -en el cielo y en la tierra- no otra cosa sino perdonar al hombre caído que regresa a Él como el hijo pródigo, indigno de ser llamado "hijo", pero a quien su padre continúa llamándolo así...

Necesitamos tanto *el pan de cada día*, como el pan de su Palabra y de su Cuerpo. Pedimos que nos alimente y que no nos deje sin fuerzas, de modo que podamos seguir caminando y levantándonos de las inevitables caídas. Pero no pedimos que nos dé pan *por seis meses*, porque si lo hiciéramos, es más que posible que fuera del día en que pronunciamos ese deseo, los 179 restantes de ese semestre, nos olvidemos de reconocernos necesitados de ese pan y, por lo tanto, nos olvidemos también de aquél que lo provee. Viviríamos afincados en la seguridad de quienes por mucho tiempo tienen lo que necesitan y, por lo tanto, no recuerden pedir y reconocer quién es el Autor de todo bien y creamos que somos nosotros los que nos ganamos el pan y la gracia y el cielo y... y... La auto-suficiencia es un riesgo bastante frecuente entre los que tienen mucho y poco o nada necesitan. Frente a Dios, todos deberíamos sabernos pordioseros: no pedimos como quien tiene derecho a una respuesta, ni porque seamos buenísimos y cargados de méritos, sino sólo *por Dios* (de ahí viene "pordioseros") y *por su misericordiosa bondad*.

Todos los hombres y mujeres que poblamos la Tierra, somos deudores de Dios y del prójimo. Debemos mucho porque ofendemos mucho. Por eso pedimos a Dios

que perdone nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

No somos ni buenos hijos ni buenos hermanos. Tenemos la deuda del egoísmo. La deuda de la envidia; de la violencia que mata todo posible brote de mansedumbre. La deuda de estar inflados por la soberbia. No sabemos sufrir las ofensas. Somos rebeldes ante la Cruz. No sólo no ponemos la otra mejilla, sino que golpeamos otras mejillas... Caemos siete veces por día y no somos justos. Por eso pedimos al Padre de las misericordias, que perdone nuestras deudas. Pero hay algo interesante en el "Padrenuestro": nosotros mismos condicionamos el perdón de Dios, al decir: ... así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Si perdonamos, nos estamos haciendo acreedores del perdón. Si no lo hacemos, la primera parte de la petición cae, estrepitosamente. ¿Cómo podríamos pretender recibir lo que no queremos dar? ¿Cómo podríamos usar una medida dura y estrecha con el hermano, y ansiar una blanda y comprensiva para nosotros?

Finaliza esta hermosa oración de los hijos y de los hermanos, con una súplica confiada ante la debilidad habitual que nos hace perder los dones de Dios: no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. No pedimos al Padre que extirpe de nuestras vidas las tentaciones (teniendo en cuenta el barro de que somos hechos, sería un imposible...), sino que no nos deje caer en ellas. El mineral se purifica cuando es sometido al fuego y, como dice el libro del Eclesiástico, "el que no ha sido probado, poco sabe" (34,9). Pasar por las tentaciones (sin buscarlas) y *no caer en ellas*, es prueba de fortaleza y fidelidad. Lo mismo quiere Dios de nosotros. Aun cuando todo y todos nos inciten a negar al Señor, no lo negaremos. Esto es vivir la tentación, superarla y no sucumbir a ella. Pero eso supone lucha, librar el buen combate: no hay trofeo sin competición. Y en esa lucha hay sudor y dolor. Hay desgarrones y fracturas. Pero, desde el fragor de la batalla, sabemos que Él nos libra de todo mal... (Fr Héctor Muñoz op - Mendoza - Argentina)